

wood que montaba el *Royal Sovereign*, navío de tres puentes sumamente velero ⁽¹⁾. «Entonces se trabó entre el *Royal Sovereign* y el *Santa Ana* la mas horrible lucha, barloados los dos navíos uno á otro tan cerca que las velas bajas se tocaban. El general Alava, que conocia que Collingwood queria pasar á sotavento, puso toda su gente á estribor, y tál era el estrago que hacia la artillería del *Santa Ana* y el peso de sus proyectiles, que su primera andanada hizo escorar el *Royal Sovereign* sobre la banda opuesta hasta descubrir dos tablones. De esta refriega salieron los dos navíos enteramente destrozados. El *Santa Ana* sostuvo el combate del modo mas valiente, esperando ser socorrido. La lucha con el *Royal Sovereign* es desesperada; cae gravemente herido el general Alava; cae Gardoqui, su digno capitan de bandera; la arboladura del *Santa Ana* está destrozada; diezmada su tripulacion; en esa lucha cuerpo á cuerpo queda el navío inglés tan maltratado como su contrario; inmóvil y sin poder ya gobernar Collingwood, tiene que abandonar su hermoso navío desmantelado, y sostenido por su divi-

(1) Del carácter y de la serenidad de este almirante da una idea lo siguiente, que se lee en sus Memorias y lo refiere tambien Marliani. La mañana del combate se vistió con mucho esmero, y le dijo al oficial de su predileccion: «Clavell, quitese vd. las botas; es mucho mejor llevar medias de seda como yo, pues si recibimos alguna herida en

»las piernas, darémos menos que hacer á los cirujanos.» Luego visitó todos los puestos, corrió las baterías, animó su gente dirigiéndoles la palabra para que cada uno cumpliese con su deber, y reuniendo todos sus oficiales: «Señores, les dijo, ahora es preciso que hoy hagamos algo de que el mundo pueda hablar mucho tiempo.»

sion se ve precisado á pasar á la fragata *Euryalus* en medio del combate.»

Pinta la horrible pelea que en otro punto sostenia el *Príncipe de Asturias* guiado por Gravina por espacio de cuatro horas contra tres ó cuatro navíos enemigos, y continúa: «En ese círculo de fuego y de humo, en medio de estragos espantosos, cuando la muerte acaba con la mayor parte de la tripulacion, cae el general Gravina gravemente herido de un casco de metralla en el brazo izquierdo; cae su digno mayor general Escaño, mas no cae su insignia. Allá ondea para que los buques españoles sepan que el general en gefe español no ha tenido la mala suerte del almirante Villeneuve, y que hay un centro español á donde reunirse. Mas el *San Ildefonso*, destrozado, ha tenido que arriar su bandera, herido su bizarro comandante Vargas; y el *Príncipe de Asturias*, que un momento ántes en un claro habia visto al *Argonauta* sin bandera, habia maniobrado para socorrerle; viéndole solo contra tantas fuerzas, orzó para ponerle en salvo; acuden en su apoyo el *San Justo*, *Neptune* y otros; lo remolca la fragata *Themis*, francesa. Un poco libre, y viendo la batalla perdida, en lo que le queda de arboladura pone la señal de retirada, y se le unen el *Pluton*, el *Neptuno*, el *Argonauta*, el *Indomptable*, el *San Leandro*, el *San Justo* y el *Montañés*, y todos, bien seguros de haber cumplido con heroismo los deberes del honor, se retiran hácia Cádiz. El *Bahama* y el *San*

Juan, menos afortunados, quedaban en manos del enemigo; mas su gloria era igual, y mayores sus sacrificios: ¡Allí morían Galiano y Churruca, como habían muerto Alcedo y tantos más!»

El navío francés *Achille* había peleado también heroicamente al lado del *Príncipe de Asturias*. Hecho presa de las llamas, muerto su valiente comandante Newport y la mayor parte de sus oficiales, hasta recaer el mando del navío en un alférez, los pocos que quedaban no quisieron embarcarse, y se volaron con el navío. La escuadra francesa había perdido ya sus más valerosos gefes, el contra-almirante Magon, y los primeros capitanes de navío. «Villeneuve había sido en el combate un modelo de serenidad y de valor; todos los buques de su escuadra habían imitado el denuevo de su almirante. Sólo la división de vanguardia, á las órdenes del contra-almirante Dumanoir, proyectaba una sombra sobre ese cuadro glorioso..... Los cinco navíos que gobernaron sobre el *Bucentaure* tomaron una derrota mas corta que la indicada por el *Formidable*, y llegaron á tiempo de mezclar su sangre con la de los valientes en cuyo socorro iban, aunque tarde para salvarlos. El *Neptuno*, que mandaba el intrépido don Cayetano Valdés, se separó muy luego de los cuatro navíos franceses para acudir al fuego..... Allí trabó Valdés una terrible lucha contra cuatro navíos ingleses que se dirigían á doblar el *Trinidad* y el *Bucentaure*. Tanto heroísmo no salvó al *Nep-*

tuno: acribillado, desarbolado, el impertérrito Valdés, gravemente herido, hubo de saber que su navío había arriado bandera; el temporal que sobrevino salvó al *Neptuno* de manos de sus enemigos, mas fué para estrellarse en las peñas del castillo de Santa Catalina en la costa del Puerto de Santa María.

«En el turbion de esa horrible lucha, entre los ayes de tantas nobles víctimas, yacia también Nelson espirante en su lecho de agonía: de minuto en minuto se le daba cuenta del combate. «Soy hombre muerto, decia al capitán Hardy: la vida se me acaba.....» Y este grande hombre, en ese momento supremo, tuvo la debilidad de recomendar que, muerto, se le cortase un rizo de su pelo para la indigna muger mengua de su gloria. ¡Deplorable contradicción del corazón humano (4)!»

(4) Con razón esclama así el escritor español de quien tomamos estas noticias; pues al entrar en el combate había escrito el célebre marino inglés en su diario la invocación siguiente: «Quiera el Dios Todopoderoso que adoro, otorgar á la Inglaterra, para la salvación de la Europa, una completa y gloriosa victoria. Quiera no permitir que ningún acto de debilidad individual empañe su lustre, y haga que después del combate no haya un inglés que se olvide de los deberes sagrados de la humanidad.—En cuanto á mí, mi vida pertenece al que me la dió; que bendiga mis fuerzas mientras combata por mi patria. Pongo en sus manos mi persona y la justa

causa cuya defensa se me ha confiado.»—Y al propio tiempo que tan devoto se mostraba, en un codicilo que añadió á su testamento «tuvo la increíble debilidad de recomendar á la gratitud de la Inglaterra la detestable muger que queria ciegamente y la hija adulterina que tenia de ella. La Inglaterra repudió ese inmoral legado.» En otra parte hemos hablado ya nosotros de la célebre prostituta Emma; que acertó á tener cautivado muchos años á Nelson.

Hé aquí como describe el señor Mariani los últimos momentos del insigne almirante. «Cesado el fuego, el capitán Hardy llega hasta el lecho del moribundo; éste respiraba. Pudo oír

Tal fué el memorable combate de Trafalgar, una de las luchas navales más sangrientas y terribles de que habla la historia; pocas veces se vieron escenas de más horror en los mares, pero pocas también se dió ejemplo de más heroicos sacrificios. Emprendido contra el dictámen de los españoles por la imprudencia de un almirante extranjero, tan temerario y arrojado en la pelea como ántes había sido tímido y pusilánime (1), España perdió sus más ilustres y distinguidos marinos y sus mejores navíos, pagó con noble y preciosa sangre los desaciertos de otros, pero el pabellón de Castilla, aunque ensangrentado, salió cubierto de gloria; portáronse también los franceses con arrojo y denuesto: ¡gloria para todos los combatientes! Si el monarca español recompensó entonces á los valientes que sobrevivieron á aquel combate y á las familias de los que perecieron, y el emperador de los franceses dejó

el anuncio que le traía su fiel capitán; pudo dar algunas órdenes; y ya yerta la mitad de su cuerpo se incorporó un poco: «Bendito sea Dios! dijo: he cumplido con mi deber.» Cayó sobre el lecho, y un cuarto de hora después espiró. La Inglaterra agradecida, continúa, premió con mano dadivosa los servicios de su más ilustre marino, muerto por la patria. El parlamento otorgó, á petición del ministerio, una renta vitalicia de doscientos mil reales á la viuda de lord Nelson, y una renta perpétua de quinientos mil reales en favor de los herederos del condado de Nelson, que pasó á

su hermano mayor. Una suma de diez millones de reales fué empleada en la adquisición de fincas para formar el mayorazgo que debía dar mayor lustre al nuevo título. Las dos hermanas del ilustre guerrero recibieron cada una la suma de un millón y quinientos mil reales. El conjunto de la donación fué de veinte y cuatro millones de reales.

(1) Todos convienen en que Villeneuve desplegó un admirable valor personal en el combate. No fué castigado por la derrota, pero se castigó él á sí mismo, pues devorado de pesadumbre se suicidó en Rennes.

sin premio á los de su nación que con justicia le habían merecido, no fué culpa de España.—Todavía en este mismo año de 1859, al tiempo que esto escribimos, las cortes españolas á que el autor de esta historia tiene la honra de pertenecer como diputado, han hecho, á propuesta del gobierno, y principalmente del digno ministro de Marina general Mac-Crohon, una nueva ley de recompensa nacional á los valientes individuos que aun sobreviven y pelearon en aquel gloriosísimo aunque desgraciado combate. (1).

(1) Esta ley, sancionada por la corona, se ha publicado en la Gaceta de 6 de noviembre de 1859. Copiaremos sus dos primeros artículos.

1.º Se concede pensión vitalicia á los individuos que dotaban la escuadra que al mando del teniente general don Federico Gravina sostuvo el combate naval de 21 de octubre de 1805 sobre las aguas del cabo de Trafalgar, y se hallan comprendidos en la relación adjunta á esta ley, siempre que de los documentos presentados aparezca claramente su asistencia al combate.

2.º Dicha pensión será de cinco reales diarios para los contra-maestres, operarios de maestranza, sargentos y cabos, y de cuatro reales diarios para los soldados y marineros.

Mr. Thiers, siguiendo su tema de culpar del mal éxito de la batalla á quien menos lo merecía, concluye con el siguiente resumen: «Tal fué la fatal batalla de Trafalgar: marinos faltos de experiencia, aliados mucho más inespertos, una disciplina floja,

un material descuidado, y en todas partes precipitación con todas sus consecuencias; un jefe que conocía harto bien estas desventajas, que abrigaba presentimientos funestísimos en todos los mares á donde se dirigía, y hacia con su influjo que se frustrasen los grandes proyectos de su soberano; este soberano irritado, y no teniendo en cuenta obstáculos materiales, menos difíciles de salvar en tierra que por mar, y añadiendo con sus amargas reconvenções á un almirante á quien era preciso compadecer mejor que censurar; el almirante batiéndose desesperado; y la fortuna, que siempre es cruel con los desgraciados, negándole hasta la ventaja del viento; la mitad de una escuadra paralizada por ignorancia y merced á los elementos, y la otra mitad peleando con furia; por una parte valor, hijo del cálculo y la habilidad, y por otra heroica inesperienza, muertes sublimes, una carnicería espantosa, y destrucción nunca vista; los estragos ocasionados por la tempestad, añadidos á los da-

La noticia del desastre de Trafalgar apesadumbró á Napoleon y le acibaró el placer de que por sus recientes triunfos estaba gozando.—Disimuló no obstante su dolor cuanto pudo, y procuró deslumbrar á la Francia con el brillante resplandor de Ulma, para que no reparara tanto en la sombría tragedia de Trafalgar; hizo que los diarios franceses hablaran poco de aquel suceso, y sacrificó al disimulo la justicia, no premian- do ni castigando como acostumbraba, como quien no lo daba importancia ni gran trascendencia. Por otra parte esperaba quebrantar á Inglaterra, derrotando á sus aliados del continente como habia empezado, y en efecto, el ruido que aquel hombre siguió haciendo en la tierra amortiguó hasta cierto punto el fatal estruendo que habia estremecido el mar.

ños causados por los hombres; el abismo devorando los trofeos del vencedor; y por último, el jefe triunfante sepultado en su triunfo, mientras el vencido pensaba en el suicidio, único recurso que le quedaba en el dolor; tal fué, volvemos á decir, la fatal batalla de Trafalgar, con las causas que la promovieron, los resultados que tuvo, y el trágico aspecto que presentó.»

El cuadro estaria bien trazado, y seria digno de tan gran maestro como lo es el historiador francés, si las tintas no hubieran sido tan arbitrariamente elegidas y empleadas. El español Marliani, además de deshacer las equivocaciones, si no se las quiere llamar imposturas de Mr. Thiers, principalmente contra las condi-

ciones y la conducta de la escuadra y de los marinos españoles, probado todo con los testimonios de historiadores ingleses y franceses, con los partes auténticos de Coalingwood y de Gravina y Escaña, con las palabras del mismo Napoleon y sus instrucciones á Villeneuve, y con las confesiones que en varias páginas se le escapan al propio Thiers, inserta en su libro porcion de utilísimos documentos, tales como el plano de la batalla, la formacion de unas y otras escuadras, con los nombres de todos los buques, así ingleses como franceses y españoles, y de los capitanes que los mandaban, una relacion de los oficiales y guardias marinas de la escuadra española muertos y heridos en el combate, otra de

Tambien es verdad que por mas precauciones que se tomáran para disimular ó atenuar el desastre, unido éste á la apurada situacion de la hacienda en Francia, y á la crisis rentística, á la emision excesiva de billetes de banco y á las varias quiebras que produjo, á la desaparicion del metálico, y á la situacion, en fin, angustiosa y alarmante que ocasionaron las célebres operaciones de Mr. Ouvrard, aquella nacion se habria conmovido mucho más á no alentarla la confianza que tenia en el genio de Napoleon, y la esperanza en nuevos triunfos de aquel insigne guerrero. Así todos los pensamientos y todas

los que existian cuando él escribió (1850), y por último las biografías de Gravina, Alava, Escaña, Cisneros, Mac-Donell, Vargas, Uriarte, Galiano, Churruca, Valdés, Cagigal, Argumosa, Gardoqui,

Alcedo, Flores, Pareja, Quevedo y Cheza, y Gáston, que fueron, cada uno en su línea y segun su graduacion, los héroes españoles de aquel combate.

Estado de los muertos y heridos que tuvo la escuadra española.

BUQUES.	Muertos.	Heridos.	Total.
Príncipe.	52	100	162
Santa Ana.	97	141	238
Trinidad.	205	108	313
Rayo.	4	44	48
San Ildefonso.	34	126	160
San Agustin.	480	200	380
San Juan.	400	150	250
Neptuno.	42	47	86
Monarca.	100	150	250
Montañés.	20	29	49
San Justo.	"	7	7
Asis.	5	12	17
Leandro.	8	22	30
Bahama.	75	67	142
Argonauta.	100	200	300
	4022	4385	2105

las miradas se fijaban en el Danubio, de donde se suponía habría de venir el remedio á todos los males.

Una nueva faz amenazaba tomar por allí la coalición, despues de la maravillosa victoria de Napoleon en Ulma. La córte de Prusia, siempre vacilante, siempre ambigua, con mas puntas de hipócrita que de franca, y no dotada del don de la oportunidad en sus resoluciones, alegando que las tropas francesas habian violado su territorio pasando por la provincia de Anspach, y que los rusos reclamaban é su vez permitiese el paso de sus ejércitos por Silesia; acosada por las exigencias opuestas de Francia y Rusia; halagada por los dos emperadores; mostrándose amiga de Napoleon por temor á la guerra, y queriendo aparentar lo contrario con Alejandro por temor de ofenderle; deslumbrado el monarca prusiano con la visita del Czar; hallando gracia el jóven y galante autócrata en la hermosa reina de Prusia y sabiendo explotar sus inclinaciones; alucinado Federico Guillermo con un proyecto de intervencion para la paz, que era entonces el velo con que se encubrían las coaliciones, paró al fin en firmar un tratado secreto de coalición con el emperador Alejandro de Rusia, que no otra cosa fué el tratado de Postdam (3 de noviembre, 1805), puesto que en él se faltaba á convenios y garantías recíprocas ántes estipuladas con Francia, y puesto que ambos emperadores juraron bajo las bóvedas de un templo y ante las cenizas de Federico el Grande que no

se separarían jamás ni su causa ni sus destinos.

Orientado, aunque á medias, Napoleon de esta evolucion de la Prusia, y no obstante que conocia que la hostilidad de aquella potencia podia trastornar sus planes, con aquella resolucion que solo cabe en pechos como el suyo, siguió adelante con su proyecto de destruir á los rusos como habia destruido á los austriacos, y se propuso contestar á Prusia, como habia contestado á Austria, con una victoria, y arreglar desde Viena los negocios de Berlin. Entonces fué cuando distribuyendo su grande ejército de la manera admirable de que él solo era capaz, y prescribiendo á cada general y á cada cuerpo su marcha y su destino y dándole sus instrucciones para todas las eventualidades, y atendiendo simultáneamente á la Italia, la Holanda y la Alemania, emprendió aquella série de combinaciones y operaciones prodigiosas, en los Alpes, en el Tirol, en el Adige, en el Danubio, en el Inn, en el Traun, en el Ens, hasta Linz, señalada con el famoso triunfo de Massena en Caldiero, con la ocupacion de Viena por las tropas francesas, con el sangriento combate de Hollabrunn, con la prision de cuerpos enteros del ejército austro-ruso, para terminar con la memorable batalla de Austerlitz. No nos incumbe trazar el sistema de precauciones, en que compitieron la actividad y la prevision, para impedir, en un campo de operaciones tan inmensamente vasto y dilatado, la reunion de los austriacos con los rusos,

y prevenir lo que pudieran hacer ó intentar los prusianos, y disponer él sus cuerpos de ejército de manera que á tan largas distancias pudieran en todo evento darse la mano unos á otros, á pesar de las montañas, de los desfiladeros y de los rios. Nunca nadie acertó á cumplir mejor su célebre máxima: «*La guerra es el arte de dividirse para no perecer, y de concentrarse para pelear.*»

Mientras Austria escarmentada reconocia la necesidad de la paz y la proponia, si bien sometién dose á las condiciones que quisiera poner la Rusia, el jóven emperador Alejandro deseaba medir sus armas con las de Francia; como autor de esta tercera coalicion, aspiraba á ser el campeon de la Europa y á darle la ley; instigábanle á ello los cortesanos y consejeros que formaban su camarilla; fogueábanle, aunque lo necesitaba poco, los acalorados jóvenes que constituian su estado mayor; segun ellos, la derrota de los austriacos habia consistido ó en falta de pericia ó en falta de valor; era menester que los rusos enseñáran á los austriacos cómo se vencia á los franceses; seria un error y una insigne debilidad no darles una batalla decisiva. Esto se decia, estando los dos emperadores, Francisco y Alejandro, en Olmütz. Napoleon, que lo deseaba tambien, y que con su extraordinaria penetracion adivinaba los designios y planes del enemigo, tuvo la habilidad de atraerle á las posiciones por él escogidas entre Brunn y Austerlitz en Moravia, donde se preparó

convenientemente para el ataque que esperaba y que supo provocar, con unos setenta mil hombres contra noventa mil rusos y austriacos, mandados por Kutusof.

¡Coincidencia singular! El dia 2 de diciembre (1805), aniversario de la coronacion de Napoleon, dióse en aquel sitio la famosa batalla llamada de *Austerlitz*, y por los soldados la batalla *de los tres emperadores*, que habia de afirmar en las sienes de Napoleon la corona imperial, como afirmó en sus hombros el manto de cónsul la de Marengo, tan terrible ésta para los rusos como habia sido aquella para los austriacos, en que tan duro escarmiento recibió la presuntuosa juventud moscovita, en que perdió Alejandro las ilusiones que habia alimentado de ser el repartidor de Europa, y cuyos resultados eran, por lo inmensos, incalculables.—«Soldados, les dijo Napoleon á sus tropas al siguiente dia con aquella elocuencia militar que le era tan natural y tan fácil: estoy satisfecho de vosotros, porque en el dia de ayer habeis justificado cuanto yo esperaba de vuestra intrepidez, y cubierto vuestras águilas de una gloria inmortal. Un ejército de cien mil hombres, mandado por los emperadores de Rusia y Austria, ha sido cortado ó dispersado en menos de cuatro horas, y los que se han libertado de vuestros aceros han muerto ahogados en los pantanos.—Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, ciento veinte piezas de artille-

»ría, veinte generales, y mas de treinta mil prisioneros, son el resultado de esta jornada eternamente célebre (1). Esa infantería tan alabada y superior en número, no ha podido resistir á vuestro ímpetu, y de hoy más ya no teneis rivales que temer...—Soldados: luego que hayamos realizado todo lo necesario para asegurar la dicha y prosperidad de nuestra patria, os conduciré á Francia, y allí miraré por vosotros con paternal cariño. En cuanto á mi pueblo, os volverá á ver con júbilo; y solo con que digais: «Estuve en la batalla de Austerlitz:» dirán: «Ese es un valiente.—Napoleon.»

Los dos emperadores vencidos convinieron en la necesidad de pedir una tregua como preludeo de la paz, y Francisco José se dirigió al campamento de Napoleon para tener con él una entrevista y una conferencia. Napoleon, que se hallaba delante de una hoguera que sus soldados habian hecho, se adelantó á recibir á su adversario, á quien dió un abrazo al bajar del coche.—Allí conferenciaron ambos emperadores en presencia de sus oficiales: Napoleon aconsejó y excitó á Francisco á que no confundiera su causa con la de Alejandro, que no podia hacer sino comprometerle: la tregua quedó acordada, siendo una de sus condiciones

(1) En aquel momento aun no sabia con exactitud la verdadera pérdida de los enemigos. Esta consistió en quince mil hombres, entre muertos, ahogados y heridos, cerca de veinte mil prisioneros, ocho generales, diez coronales, ciento ochenta cañones, y un gran tren de artillería, bagages y caballos. Los franceses perdieron unos siete mil hombres entre muertos y heridos.

que los rusos se habian de retirar á largas jornadas, y la otra que la corte de Austria enviaría negociadores á Brunn para tratar la paz separadamente con Francia. Con esto se separaron con mútuas muestras de cordialidad ambos emperadores, acompañando Bonaparte á Francisco hasta su carruage y montando en seguida á caballo para volverse á Ansterlitz, y de allí á Brunn.

A esta última ciudad hizo ir á su primer ministro Talleyrand para que tratase de las bases y condiciones con Giulay y el príncipe Juan de Lichtenstein. No era este negocio fácil, puesto que el mismo Napoleon veía las cosas de diferente modo que su ministro. En tanto que Talleyrand disputaba en Brunn con los plenipotenciarios austriacos, Napoleon pasó á Viena para ver de arreglar lo relativo á Prusia, lo cual era urgente, porque las tropas prusianas se reunian en Sajonia y Franconia, los archiduques de Austria se acercaban con cien mil hombres á Presburgo, y los anglo-rusos avanzaban hácia Hannover, de modo que amenazaba gran peligro de tener que luchar todavía con la Europa coligada. Con suma destreza se manejó Napoleon con el hábil diplomático Haugwitz para ir venciendo su resistencia hasta lograr todo lo que se proponia. Ajustóse, pues, en Viena y se firmó en Schoenbrunn (15 de diciembre, 1805) un tratado, por el cual Francia cedia á Prusia el Hannover, como si fuese conquista suya; á su vez Prusia cedia á Baviera el marquesado

de Anspach, y á Francia el principado de Neufchatel y el ducado de Cleves: garantizábanse una y otra potencia todas sus posesiones, y venian á formar asi un verdadero tratado de alianza ofensiva y defensiva, cuyo mérito por parte de Napoleon estaba en hacer retractarse á la Prusia del compromiso reciente que con Austria y Rusia habia adquirido en el tratado de Postdam.

Separada asi Prusia de la coalicion, ya era mas fácil obtener de Austria las condiciones ventajosas á que aspiraba Napoleon. Las conferencias se trasladaron á Presburgo. Allí, recibidas nuevas instrucciones del emperador Francisco, afectado con la desmembracion de Prusia, con el abatimiento del emperador Alejandro y con la proximidad de doscientos mil franceses, Austria se resignó á abandonar á Francia el estado de Venecia con las provincias de Tierra-Firme, dejándola asi dueña de toda Italia, si bien renovando la condicion de que se separarian las dos coronas de Italia y Francia, pero en términos que cabia diferirlo hasta la muerte de Napoleon, ó por lo menos hasta la paz general. Cedió tambien el Tirol á Baviera, recibiendo en cambio los principados que se dieron al archiduque Fernando en 1803. Reconoció la soberanía de los electores de Baviera, Wurtemberg y Baden. La contribucion de cien millones que se exigia para indemnizacion de gastos de guerra, atendida la penuria del Austria se accedió á reducirla á la mitad, y to-

avía Talleyrand bajo su responsabilidad la rebajó á solos cuarenta millones. Tal fué el famoso tratado de paz de Presburgo (26 de diciembre, 1805), uno de los mas gloriosos y mejor concebidos que hizo Napoleon, y que con la nueva amistad de Rusia fué un premio correspondiente á la magnitud y al éxito prodigioso de aquella gran campaña.

La insensata córte de Nápoles, que habiendo visto el desastre de Trafalgar, el compromiso de Prusia en Postdam, y los franceses metidos entre los ejércitos aliados casi á las fronteras de la antigua Polonia, creyó á Napoleon perdido; aquella córte, que guiada por la imprudente Carolina y alumbrada por el ardor fosfórico de los emigrados, habia roto, en mal hora para ella, la neutralidad estipulada, y llamado á los rusos y los ingleses para sublevar la Italia, provocó contra sí las iras de Napoleon y olvidando la terrible comunicacion que de éste habia recibido en el principio de aquel año, le brindó con la ocasion que deseaba para hacerla pagar sus locuras, y para resolver castigarla á su tiempo con la pérdida de un trono en que calculó estaria bien sentado un miembro de la familia Bonaparte. En efecto, al principio de aquel año (2 de enero, 1805), escribiendo Napoleon á la reina de Nápoles, le habia dicho, entre otras cosas, con el aire de superioridad y el tono de amenaza que se verá, las terribles frases siguientes: «Señora.... tengo en mi mano muchas cartas de V. M. que no me dejan du-